

Patriota desde la cuna

Nacido el 11 de marzo de 1876, Panchito Gómez Toro, cuarto de los hijos del Generalísimo Máximo Gómez, heredó los genes patrióticos de su padre y el espíritu elevado de Manana

Pastor Guzmán Castro

Fruto del amor del dominicano ilustre Máximo Gómez Báez y la cubana Bernarda Toro Pelegrín, Manana, Francisco Gómez Toro, Panchito, nació en la finca espirituana de La Reforma, en un bohío humilde inmerso en la espesura de tupidas arboledas rodeadas de montes y sabanas, donde a lo lejos se escuchaba el ruido sordo de combates de la Guerra Grande, que ya transitaba por su octavo almanaque.

Parece cosa sobrenatural el vínculo de los Gómez Toro con ese sitio entonces paradisíaco ubicado al este del actual municipio espirituano de Jatibonico, porque precisamente allí buscó el Generalísimo refugio para sus seres más queridos y, alertado del inminente albramiento, sacó tiempo y corrió riesgos para estar presente cuando el que sería su preferido viniera al mundo.

Palabras simbólicas también y de alto valor las que Gómez plasmara entonces en su Diario de Campaña: "Espeso monte, grandes árboles, un arroyo fértil y de agua cristalina, muchos pájaros que cantan, y mucho ruido grato del monte, muchos ruidos de guerras que se oían a lo lejos; allí está la cuna de mi hijo Francisco". Y más adelante señala sin ambages: "Esto es jurisdicción de Sti. Espíritus, de suerte que mi hijo es cubano espirituano".

A partir de ese momento, ese nombre lo lleva consigo en sus años de exilio y con él bautiza la finca que arrienda en Santo Domingo, su patria nativa. Luego, en la Guerra Necesaria a que lo convocó Martí, fue La Reforma escenario de una de sus más grandes y victoriosas campañas militares.

PANCHITO EN LO MÁS ALTO

Cuando Martí llega en septiembre de 1892 a la localidad dominicana de Montecristi con la intención de tratar asuntos trascendentes con Máximo Gómez, alguien le indica al Apóstol que fuera a buscar a Panchito al comercio donde laboraba para que lo llevase ante su padre. El muchacho, de apenas 16 años, lo impresionó vivamente, por lo que meses después plasmó en una carta: "(...) era sobrio, ya como un hom-

bre probado, centelleante como luz presa, discreto como familiar del dolor", y fue ese el inicio de una amistad y una admiración sin límites entre aquellos dos seres singulares. Luego Panchito va a Nueva York junto a su progenitor y allí permanece con Martí, de quien llegaría a ser su brazo derecho en una labor febril de organización y agitación proselitista por asentamientos de cubanos en la Unión Americana.

Pasa el tiempo y los sucesos se precipitan. A Montecristi regresa Gómez, mientras Martí permanece en Nueva York, pero por breve lapso. El 7 de enero de 1895 llega el Maestro a la ciudad donde redactará con Gómez el histórico Manifiesto. Pero antes se mueven incansables por todo Santo Domingo en busca de apoyo para la guerra en Cuba que se torna inminente.

A LA GUERRA QUE LLAMA

Para la Revolución han trabajado y la guerra ya ha estallado en la isla el 24 de febrero de ese año. Parten hacia la ínsula vecina el Generalísimo Máximo Gómez, Martí, César Salas, Paquito Borrero y Ángel Guerra. Panchito no quiere quedarse y solo a instancias de Martí acepta la necesidad de permanecer en Quisqueya acopiando recursos para la contienda. El padre atribulado le asegura que más adelante lo mandará a buscar, promesa que cumple en el otoño de 1895 por medio del espirituano César Salas.

Al cabo de incontables peripecias, vienen por fin César y Panchito desde la Florida en el vapor Three Friends. Ambos espirituanos resisten con estoicismo la sed y el peligro en medio del duro peregrinar hasta encontrarse con el General Maceo.

En Pinar del Río se pelea a diario y a pesar de los esfuerzos del Titán por mantenerlo alejado del peligro, Panchito combate y sufre heridas, pero sigue adelante. Al mando de otro espirituano, el General Pedro Díaz, ha ganado en los primeros lances los grados de capitán. Por sus conocimientos y diligencia, Maceo nombra a Panchito su ayudante y le confía su correspondencia.

La afinidad entre Maceo y Panchito crece de manera espontánea y ya apenas se separan; por eso cuando el General Antonio decide cruzar la trocha de Mariel a Majana, el hijo ilustre de Máximo Gómez va con él. Pero sobreviene el aciago suceso de Punta Brava, donde hace campamento con cerca de 400 hombres que ha ordenado reunir en el lugar, cuando una columna española sorprende el cuartel cubano. Maceo se lanza de la hamaca furibundo y con unos pocos hombres contraataca las líneas enemigas que retroceden dispersas buscando el abrigo de unas cercas de piedra. El Titán ha dicho: "Esto va bien", cuando un proyectil de máuser lo derriba del caballo.

Panchito corre al lado de su jefe, carga el pesado cuerpo e intenta dirigirse a la retaguardia, pero también resulta alcanzado, y cae junto al Titán, ya exánime. Entonces el joven trata de quitarse la vida con su cuchillo. No lo logra y un soldado de Iberia le taja el cuello de un machetazo. Ya no podría cumplir su sueño de reunirse nuevamente con su padre ni visitar la tumba de Martí, pero se fundió para siempre con su patria.



Delia Proenza llegó a la Redacción de Escambray hace más de 35 años. /Foto: Vicente Brito

Nunca he podido escribir algo en lo que no crea

Este año la reportera recibió el premio anual Tomás Álvarez de los Ríos por la obra de la vida

Mary Luz Borrego

Calladamente, sin vanidades pretensiosas ni un título académico que la respalde para esta profesión apasionante, ella ha conquistado su lugar en el firmamento periodístico espirituano desde Escambray, a cuyas puertas tocó sin muchas expectativas hace más de 35 años, cuando ni siquiera soñaba con hacerse reportera para siempre.

La tarde de esta entrevista trae a la Redacción del periódico un cafecito de civismo para esta especie de tertulia entre colegas y justifica aquellas sambumbias que brindaba a las visitas solo aceptadas por elemental cortesía: "Entonces no tenía cafetera y colaba con un colador de tela, como en Oriente".

Porque ella llegó casi por azar a Sancti Spíritus desde Guisa, ese lejano pueblo intramontano donde creció con otros tres hermanos en una modesta casa de adobe, entre libros a cada paso y en cuyas paredes se asomaban los mártires de la patria: "Sin los padres que tuve no podría ser la periodista, ni la filóloga, ni la comunicadora que soy".

Y recuerda la avidez por la lectura de su madre, una simple ama de casa hasta el día en que, para liberarse del machismo, se cortó el cabello, vistió pantalones y se fue a despachar en la lechería de la esquina, con una obsesión por superarse que la llevó a graduarse al borde mismo de la jubilación en una licenciatura de perfil económico; mientras su padre —zapatero de oficio— no podía menos que seguirla hasta convertirse en todo un intelectual que llegó a ser profesor e historiador del pueblo.

Apenas adolescente, Delia Proenza Barzaga ya comenzó a interesarse en un curso de idioma ruso, vocación que la llevó a hacer las maletas para viajar a Ucrania, donde se graduó de Ciencias Filológicas y se casó con un espirituano que luego la remolcó hacia acá.

Cuando debía impartir aquella lengua que también le apasiona en la Universidad Central, la temprana maternidad la hizo renunciar a los largos viajes y la trajo hasta las puertas de Escambray, donde creía que la "mandarían a freír tusas", pero la aceptaron. Empezó a lidiar con las cartas de los lectores, las notas de los corresponsales, los textos de los colaboradores; mientras aprendía a escribir a máquina, amansar la síntesis y las estructuras de los géneros periodísticos.

En una minúscula y muy humilde casa, con la ayuda de su familia oriental, crio a tres hijas y desafió no pocas angustias por el camino, pero ni en sus peores momentos perdió la brújula de esta profesión. Poco a poco y sin grandes pretensiones, asumió el alfa y omega del oficio con la fórmula de una curiosidad casi enfermiza, su obsesión justiciera, esa vocación intrínseca para opinar, el cuidado extremo con el más mínimo gazapo del lenguaje y su particular interés por descubrir humanas y recónditas historias. Solo entonces, mucho tiempo después, se sintió verdaderamente periodista.

"Estoy orgullosa de mi profesión, pero detesto que en la calle algún conocido me vocee de un extremo a otro: 'Periodistaaaa'. Prefiero que en mí primero vean a la persona, a la madre, a la compañera y después viene lo de reportera. Tengo algo muy claro, me siento mucho más identificada con las personas simples, de abajo, que con los que ostentan grandes responsabilidades. Tengo una máxima: para mí vale más el ejemplo de la persona, el ser humano mismo que sus títulos".

Con su talla diminuta y tono respetuoso, parece débil, pero no lo es: durante más de 30 años ha asumido el espacio fijo más antiguo de Escambray, sus "Cartas de los lectores", que a veces le resultan tediosas porque repiten una y otra vez, por ejemplo, los temas de salideros y la vivienda, pero que le han dejado las más trascendentales lecciones.

"En más de un 90 por ciento de los casos, detrás de cada queja o inconformidad, hay alguien reclamando algo justo y verdadero. Siento que debo defender un poco los derechos de esos lectores que muchas veces han ido a otras instancias y nadie los ha escuchado. Incluso determinadas autoridades involucradas han querido que se retracten, los intimidan y eso es algo muy negativo en la sociedad. La ciudadanía necesita efectivos mecanismos de atención".

La China, como también la llamamos aquí, reconoce que a veces ha dado alguna perreta para prescindir de ese espacio porque los lectores la abruman con sus historias a toda hora, como si ella se convirtiera en una oficina de atención a la población.

Nada amiga de los reportajes, que siempre han constituido su mayor desafío, la Proenza también ha publicado errores e incurrido en despistes imperdonables. De un tiempo a esta parte, con las energías de una muchacha, se ha sumado también exitosamente al periodismo digital y las redes sociales.

"Estoy aprendiendo todavía. En primer lugar, creo que soy una comunicadora porque desde niña me gusta hablar y opinar, más de la cuenta. A Facebook entré un día por casualidad, a veces he llegado a detestarlo porque publica cosas muy feas. Twitter tiene sus encantos. Me gusta que la verdad de Cuba se conozca, sin ser panfletaria porque nunca he podido escribir algo en lo que no crea. Yo soy muy sincera".

Y con esa misma transparencia reconoce que aún prefiere al Escambray de papel; declara que vive enamorada de los ideales de Fidel Castro; admite que siempre va a pertenecer más a Guisa que a ningún otro sitio, aunque su verdadero hogar lo encontró en este periódico que no solo la ha mudado de casa en casa, sino que la ha ayudado con remedios para el cuerpo y el alma sin dejarla claudicar ni en sus peores momentos.

Quisquillosa y perfeccionista, crítica y directa, con los años ha aprendido que no todo se puede apreciar con lentes en blanco y negro. Quizá esa premisa también la guía ahora en su mundo personal, donde anda bien derretida con los nietos, en particular con su más cercano Marcel Eduardo, el único que ha logrado con una de sus perretas apartarla de un encargo editorial.



Con solo 16 años, Panchito era todo virtud al servicio de su patria. /Foto: Archivo